



Semana Cómica

LIT. MIRALLES, UNION 17.

DIRECTOR: J. FERNÁNDEZ DE LA REGUERA

TENORES CÓMICOS



JOSÉ PALMADA



Mientras allá, en Berlín, analizamos escrupulosamente la paja comunista en el ojo ajeno, no vemos la viga socialista que tenemos atravesada bajo el párpado.

El Sr. Santa María, como delegado del gobierno español, toma parte en la platónica Conferencia obrera convocada por Guillermo II, sin percatarse de que, si en Berlín cuecen habas, en Barcelona las están cociendo á calderadas.

Porque ¡ya lo ven Vdes.! los barceloneses, asustados ante la huelga monstruo, no pueden menos de pensar en Santa María, exclamando medrosos é impacientes: *¡Ora pro nobis!*

Un gobierno que para remediar el socialismo extranjero envía nada menos que á Santa María, cuando se trata, como ahora, de sofocar el socialismo nacional, debe enviarnos á todo escape las once mil vírgenes.

Y por supuesto, este sería el mejor medio de acabar con la huelga.

Ellas calmarían el descontento de nuestros obreros, como calmaron las sabinas el tédio de aquellos primitivos y célibes romanos, ó como las cien doncellas de Mauregato apagaron la saña anti-cristiana del emir de Córdoba.

Pero ya verán Vdes. como este eficaz remedio no pasa por las mientes del poder central.

A lo sumo se tomarán una serie de medidas, que estén en armonía con la Santa Semana por la cual atravesamos:

Primero el sermón del mandato al pueblo huelguista; después otro sermón—el de la bofetada—á las masas inermes; luego la calle ó la rambla de la Amargura para nuestra población, y por fin el calvario... un verdadero calvario de grandes cruces en el pecho animoso de nuestras valientes y activas autoridades.

Además de que estas cosas interesan poco allá en la Côte.

El agitado llorón de un general atrabiliario preocupa más que las blusas de 50.000 obreros protestantes pero pacíficos.

—Mirad que la huelga es general—dirá á los ministros algun catalán alarmado.

Y responderán los consejeros, parodiando al personaje de aquella comedia de Blasco:

—También él «es general.»

Que Manresa, Badalona, Mataró, Villanueva y Geltrú Falset y todos los pueblos del Llano han simpatizado con el movimiento huelguista de Barcelona....

Y eso ¿qué importa en Madrid?

Otra cosa sería si esas simpatías las hubieran ma-

nifestado los partidos políticos en vez de manifestarlas los partidos... judiciales.

Mientras las manifestaciones no tengan carácter político, el poder ejecutivo no puede meterse en nada.

Y aquí son los apuros del tranquilo barcelonés.

Porque todo lo teme, no de la política, si no de la impolítica de los manifestantes.

Talleres y fábricas se cierran de par en par—es decir, se cierran á pares—las máquinas están paradas, los telares no se mueven, las chimeneas han dejado de arrojar humo.

Para que se vea lo que son las cosas.

En Huelva se quejan de la sobra de humos.

Y aquí lloramos la falta de él.

Los albañiles de Tarrasa han abandonado también el trabajo.

El asunto, por consiguiente, no puede tomar un cariz más feo.

Porque si los albañiles no trabajan, claro es que la huelga no es edificante.

En Villanueva y Geltrú andan los ánimos muy excitados.

¡Cielos! ¿Habrá llegado el momento de poner almenaje y abrir aspilleras en la Biblioteca-museo Balaguer?

No menos inquieto se muestra San Martín de Provensals, pero ya sabemos que ese pueblo está siempre «al lado de Barcelona».

De antiguo sabemos que á cada huelga le llega su San Martín... de Provensals.

Manresa, población célebre por sus tortillas, es la que más nos preocupa hoy por hoy.

Si «la tortilla se vuelve», como quieren los socialistas, indudablemente empezará á volverse por Manresa.

También en Valencia empiezan á notarse síntomas de huelga.

Y ¡tiembles Castilla si llegan á unirse la rata pinada de los catalanes con el Drac-alat de los valencianos!

Dragones y ratas unidos darán más que hablar que los monos y los osos del Ramayana.

Por ahora nada se dice de Zaragoza ni de Mallorca, pero si el movimiento socialista se extiende por la antigua coronilla de Aragón, es probable que los castellanos no salgan del nuevo compromiso tan bien librados como en el de Caspe.

Si al primer telegrama oficial, dando cuenta de la huelga barcelonesa, se le hubieran añadido dos palabras—

solo dos palabras,

todo hubiera terminado al día siguiente.

Después de escribir: «los pueblos agitados por el movimiento obrero son del Llano,» yo hubiera añadido. «son del Llano... y Persi.»

Ante el temor, entonces, de una asonada revolucionaria, hubieran llovido los soldados como moscas y la Rambla se hubiera declarado *ipso facto* en estado de sitio... céntrico.

Yo celebraré que todo esto termine como el parto de los montes.

Pero aquí no son los montes los que han de parir. Sino el Llano.

LUIS ROYO VILLANOVA.

MACETA SIN FLOR.

Petra, ayer cuando pasé
por bajo de tu balcón
y á tu maceta mire,
se me oprimió el corazón...
Voy á decirte por qué.

La rosa que te pedi
tantas veces... ya no estaba
en el tallo en que la vi
cuando á tu balcón miraba,
más que por ella, por tí,

Y, como triste final
de mi desdichado amor,
la vi luego en el ojal
de un famoso seductor
con instintos de chacal.

Y, como comprendes, esto
es ponerte en un mal paso,
y yo de tu acción protesto...
¡Por él, que no te hace caso,

destrózar tu misma el tiesto!...

Me pone de mal humor
pensar en tu ingratitud...

¿A qué negarme esa flor
que tenía la virtud
de esperar mi dolor?...

Mal conciertan tus desdenes,
que un potro me han parecido,
con los arranques que tienes
para aquel que ha conseguido
el más grande de los bienes.

Y no pretendas negar
con inaudito descaro
lo que te puedo probar...
Si él te la robó, está claro
que la dejaste robar.

Él lo dice de este modo
y la gente lo comenta,
como lo comenta todo...

Con que esa flor, por la cuenta,
ya huele, muchacha, á lodo.

Porque añade el seductor,
que en ultrages no repara,
que besaste con amor
en las hojas de la flor
y en los ojos de su cara.

Conque, mira si hay exceso
en esa culpa tan loca
que ha de hundirte con su peso...
¡Diste tu flor entre un beso
de tu purpurina boca!...

Y, vamos, cuando pasé
por bajo de tu balcón,
y á tu maceta miré,
se me oprimió el corazón...
y ya te he dicho por qué.

LUIS DE ANSORENA.

Un encuentro inesperado ⁽¹⁾

NINGUNA tarde mejor que la de
ayer para gozar de las delicias de
la playa.

El cielo sin una nube, el sol sin
una mancha que empañara su
amarillento disco, la temperatura
estival y un airecillo templado y
henchido del aroma del romero y
del cantueso que crecen en las fal-
das y cumbres de las montañas.

Con hipócrita sonrisa en los labios y amarga pe-
na en el corazón, salí de Bilbao y llegué á las Are-
nas, y ante la calma del Cantábrico, admirando la
limpiez del cielo, la brillantez del sol y el inmenso
espacio lleno de luces, reflejos y excitantes brisas,
sentí eso que yo llamo nostalgia romántica, que se
manifiesta con los siguientes síntomas: languidez
del espíritu, laxitud corporal, fiebre del cerebro, algo
de espejismo en el alma y mucha tristeza en el
corazón.

Enfermedad común en aquellos que carecen de
felicidad en el presente y la buscan en el porvenir,
tropezando en su pensamiento con las incertidum-
bres y las dificultades de aquel.

(1) Hoy, que con tanta curiosidad se indaga el paradero
del ilustre compositor francés Saint-Saens, creemos oportuna
la reproducción de este artículo de nuestro estimado amigo el
distinguido escritor bilbaíno Sr. Olmedo y Estrada.

Creí haber pasado una tarde deliciosa y regresé á
Bilbao con el corazón angustiado y el alma oprimi-
da.

Pero vayamos despacio; necesito coordinar las
ideas, poner en orden los recuerdos y contener e
pensamiento que intenta desbordarse.

Caminaba sobre la movediza arena de la playa,
observando como bajaba la marea y como los rayos
del sol se reflejaban en la agitada superficie del mar,
produciendo ese continuo movimiento un maravi-
lloso efecto óptico, cuando reparé que delante de mí
fijaba su mirada en los mismos puntos que yo la mía.
un caballero de aire distinguido, de natural elegan-
cia, aunque algo descuidado en el vestir.

Si he de ser franco, no reparé en el color de sus
ojos, ni en el de sus cabellos; ni me fijé en si surca-
ban su espaciosa frente muchas ó pocas arrugas; ni si
eran gruesos ó delgados sus móviles labios, ni si su
estatura era ó no elevada. Había en aquel conjunto
de facciones y ademanes algo superior á todos estos
pequeños detalles, que me sedujo desde un principio.

Dejé de admirar el mar el cielo y cuanto mi vista
abarcaba, para fijar la atención en mi desconocido.

Debí advertirlo con placer; una vez me miró
bondadosamente; otra se dignó saludarme con una
inclinación ligera de cabeza y la tercera se acercó á
mí y poniendo familiarmente una de sus manos so-
bre mi hombro, me preguntó en francés:

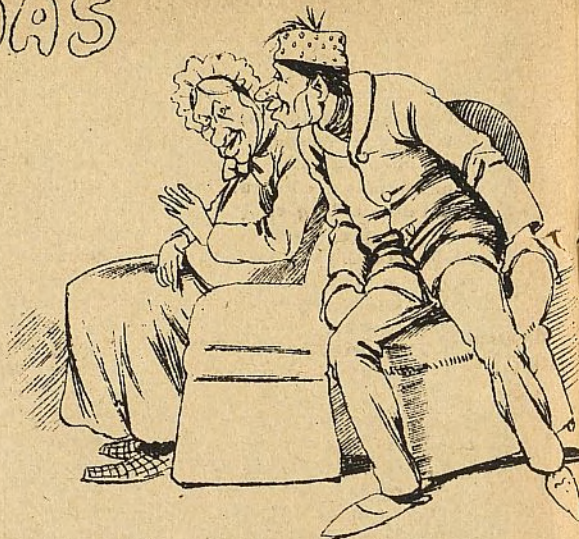
—¿Sois artista?

Balbuocé un sí; busqué inútilmente una contesta-
ción en cualquier idioma y al fin no dije nada más.

—¡Ah! —exclamó señalando al mar, —los que no
son artistas no comprenden lo que la naturaleza
encierra en sus entrañas.

Sacudió de un modo extraño su hermosa cabeza,
fijó en mí su chispeante mirada y con voz dulce

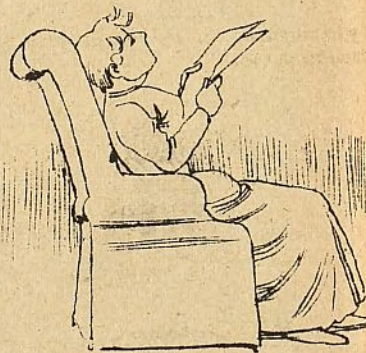
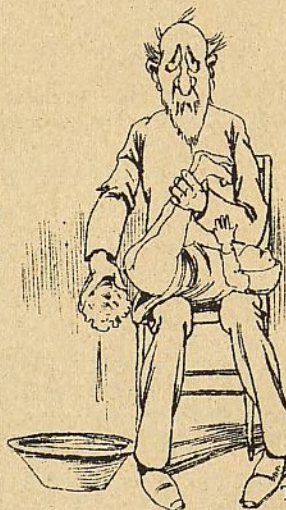
PLUMORADAS



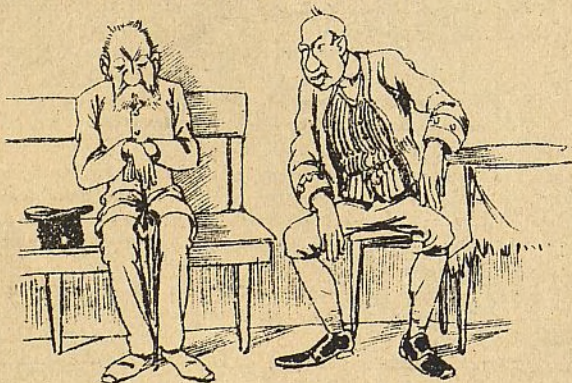
Tengo, Amalia, un secreto aquí escondido,
que me hará enloquecer.
Escúchale... Más cerca... así, al oído:
aunque ya soy tan viejo, has de saber....



¡Qué formas de belleza soberana
modela Dios en la escultura humana!



Todo en amor es triste,
mas, triste y todo, es lo mejor que existe.



Se firme en esperar, que de ese modo
algo le llega al que lo espera todo.



Ten siempre con un manto
velados los encantos pudorosos,
porque en cosas de encantos misteriosos
perdido ya el misterio ¡adios, encanto!

LA DERROTA DE UN GENERAL, POR LAGO.



Mientras su mamá está haciendo unas croquetas, Vicentín proyecta vestirse de general.



A cuyo efecto, sustituye la gorra por un airoso tricornio, hecho con el periódico que acaba de subir la portera;



y lo engalana con las vistosas plumas del plumero nuevo;



corta las cintas del vestido de su mamá, para una bandolera;



rompe el bastón de puño de nacar de su papá, para una espada;



y con la escoba, que en un santiamén queda transformada en escopeta,



se dirige valerosamente á la cocina, á pelear con su mamá;



la cual, al verle con tan *destructivos* arreos, le propina una *batida*, que en breves instantes le deja derrotado.

añadió posando esta vez sus dos manos sobre mis hombros:

—Yo he oído chascar los huesos de los esqueletos que inmóviles reposan en sus tumbas; yo arranqué de sus fosforecencias muchas deliciosas armonías; el plateado rayo de la luna, atravesando la espesa copa del oscuro ciprés y dibujando en el blanco mármol de las tumbas la cimbreada rama del sauce, me proporcionó el claro oscuro que necesitaba para dar vida á mi obra: un poco de blanco, mucho negro y algo de rosa en el fondo; miel, acibar y veneno. Esto es la vida, una pocima desagradable, que no se diferencia de la muerte.

Anduvo solo algunos pasos y yo no supe que hacer, si huir de aquel hombre que hablaba como un loco y pensaba como un genio, ó seguirle en su paseo y en sus divagaciones. Volvió á mirar al mar, sonrió repetidas veces, se golpeó las sienes y desandando el camino llegóse nuevamente hasta donde yo permanecía silencioso y sin resolver, que partido debía tomar.

Esta vez me habló en una gerga, mezcla de italiano, francés y mal español.

—Ahí dentro,—me dijo,—bajo esas aguas, hay un tesoro de inspiración para el artista; en primer término, la grandeza del misterio. ¡Cuántas cariñosas frases de amor supultadas, cuantos gratos recuerdos perdidos, que de tristes despedidas y adioses ahogados! Esfuerce un poco su facultad imaginativa, penetre con los ojos de la fantasía dentro de ese mundo de peces y reflexione un poco. Bajo la plateada escama de esos seres ¡cuántas Ofelas Desdémonas, Margaritas y Beatrices existen y cuantos Hamletos, Otelos y Faustos se encuentran! La mitología, el romanticismo de los sabios de la antigua Grecia fué creado á orillas del mar. Venus brotó de sus espumas, Neptuno le atravesaba en la triunfal carrera que un gigante molusco le ofrecía; los lagos eran la mansión de las ninfas y Calípsa habitaba una solitaria isla para ser más libre en sus adúlteros amores allá en los mares más ignorados. Pues bien, si se lograra arrancar al Océano, los gritos de agonía del naufrago, sorprender el misterio que oculta, grabar en el libro el rumor del agua, el silbido del viento ¡qué páginas más hermosas para el arte se podrían hacer!

—¡Es cierto!—añadió yo poseído de la locura de

mi acompañante; — si yo fuera músico y tuviera el genio de algunos, creo que arrancaría al viento y al mar sus melodías para escúpir las en el pentagrama.

—¡Bravo!—exclamó el misterioso personaje, echándome la mano con verdadera efusión.

Hubo un momento de pausa que él interrumpió para decirme:

—¿Quien no tiene patria, deudos y amigos? Yo también los tengo. Los últimos me buscan, los parientes y la patria me esperan. Pero el artista busca, como las abejas, flores donde libar la rica miel; luz, como las mariposas, donde abrasearse y espacio, como las aves, donde estender sus alas. Las flores se agostan en el invierno, el aire se enrarece é impurifica y el espacio se reduce cuando le ocupan muchos. Por esto huí de mi patria, me separé de mis deudos y abandoné á mis amigos. Ya volveré á la primera, cuando nazcan los flores, haya aire, luz y espacio. ¡Volveré con las golondrinas!...

Y se alejó de mí precipitadamente.

Respuesto de aquella brusca separación, le seguí los pasos; iba haciéndose de noche y tuve que apresurar los míos para no perderle de vista.

Al fin, mi hombre entró en uno de los hotelitos situados frente al mar; llegué hasta su puerta y pregunté al hombre que vi en la portería.

—¿Quién es ese caballero que acaba de subir la escalera?

Sacó del bolsillo una tarjeta y mostrándomela, exclamó:

—Lea V. su nombre; porque, francamente, es tan enrevesado que yo no he podido aprenderlo.

La tarjeta decía así:

CAMILE SAINT-SAENS.

—¡El autor de *Ascanio*!—grité;—necesito hablarle...

Una hora duró mi entrevista con el gran maestro. Me dispensó tanta honra, á condición de que no revelara mi conversación con él.

Y lo siento.

¡Que cosas tan buenas me dijo el autor de la *Danza macabra* y *Henri VIII*!

Pero no puedo decirlo por hoy.

No me perdonaría la indiscreción.

S. OLMEDO Y ESTRADA.

EL RITMO SE VA.

Indicios muy alarmantes hacen sospechar que la forma poética está en sus últimos instantes.

Hay razones que lo explican, y una de las más concretas es la de que los poetas ya casi no versifican.

Los vates más laureados, reglas olvidando y vetos,

entre octavas y tercetos... prefieren los pareados.

Humoradas por acá, y doloras por allí, y epigramas por aquí y cantares por allá.

Composición que no sea punzante, pequeña y viva, si no falta quien la escriba falta siempre quien la lea.

¡Irradie en breves chispazos el ingenio cuando irradie! Poemas largos? Ya nadie los hace... más que pedazos.

La latitud, antipática la juzgamos é importuna; todos estamos por una poesía homeopática.

Así sucede en el día, que, por regla general,

el polvo es el principal
ingrediente en poesía.

En los teatros, ajenos
al arte y al idealismo,
está *pasando* lo mismo,
sobre poco más ó menos.

¿Qué son los dramas? Simplezas,
estupideces, camamas...

¡váyanse al diablo los dramas
donde están las buenas piezas!

Ellas se hacen fácilmente;
piden tan poco magín,
que no hay ciudadano sin
su pieza correspondiente.

¿Que por qué la pieza vive
y deja al público absorto?
Porque en ella todo es corto,
(los vestidos inclusive.)

Si algo que es breve se atrapa
¿quién á leerlo no se atreve?

¡já no ser que sea un *breve*
de Su Santidad el Papa!

Cbsa larga que yo halle,
de leerla no me encargo;
en viéndola digo:—¡Largo!—
la hago trizás y já la calle!

Hoy pasa un vate por bolo
si haciendo versos se extrema:

con el tiempo, habrá poema
que conste de un verso solo.

Los poetas de mañana
reducirán sin ningún
temor ni escrúpulo, á un
distilabo «La Araucana.»

El día en que de ese modo
den los vates en cantar,
lo tienen que celebrar
en el Universo todo.

Y mucho más celebrado
será en todo el Universo
el día en que un solo verso
les parezca demasiado!...

FERNANDO SEGURA.

La conquista de Zamora.

A Pepe Cuenca

I

Juan Nuñez era, desde hacía más de un mes, dueño de un reloj, de un hermoso reloj de plata con cadena y colgajillos de similor, premio conseguido por el trabajo y la prudente economía. Y podía decirse á sí mismo: «De tal á cual hora estaré aquí; en tanto tiempo llegaré allá; media hora para comer; un cuarto para hacer esto, algunos minutos y segundos para realizar lo otro.» Juan había adquirido la profunda experiencia de poder proporcionar los esfuerzos y el reposo al enorme caudal del tiempo, cuando tantos hombres sólo se ajustan á los movimientos de su propio corazón, que mide á su manera los instantes, retrasándose por los desalientos ó adelatándose por la impaciencia. No fiaría mucho Juan á este danzarín, que salta á la comba dentro de la jaula de las costillas, hasta gastar la cuerda de la vida.

Hacía pocos años que Juan, con palo y hatillo y más esperanzas que temores, había salido de su pueblo, tal y como hubo de decir el maestro del mismo, al despedirle: «Iba Juan movido del deseo de correr aventuras, apretándole á ello la falta que él pensaba que hacía en el mundo su tardanza», según eran los servicios que pensaba prestar, dinerillos que ganar, países que recorrer y fortuna que conseguir.

Lo cierto fué, que Juan estudió y practicó lo que enseña el «Catecismo de los maquinistas y fogoneros», supo lo que era la hulla, como se enciende, que quieren decir las llamas azules, que significa el humo negro, aprendió á cuidar del nivel de agua y de la limpieza de la caldera, y, en fin, á alimentar, frotar y servir los pulmones y los músculos de una gigantesca locomotora; se hizo un diligente y entendido fogonero, grasiento, ahumado, ennegrecido, raído y sudoso, tanto como pulida, brillante y hermosa aparecía aquella enorme máquina, á la que había que cuidar como á un lindo estuche de señora y refrenar y dirigir como á un fiero monstruo en el cual la fuerza y la vida excesivas se producían en senos metálicos que parecían tener por alma la misteriosa furia de un volcán.

¡Ríome yo del fabuloso Neptuno con su tridente, guiando por el bridaje los monstruos marinos sobre la turbulencia de las olas! Cuando Juan tomó por fin el gobierno de su locomotora, de aquella misma á la que había servido como criado, cuando alcanzó el nombramiento de maquinista y fué señor de «la Victoria»... ¡Juan orgulloso iba manejando á su voluntad la vida y la fuerza de la locomotora! El día en que hubo de comprarse el reloj hacía tres meses justos que había tomado posesión de su nuevo cargo. Ya no era Juan, sino el Sr. Nuñez; ya no iba tan sucio y roto; tenía a cara algo ennegrecida, pero no como antes: le era dado asearse un poco más, y viajeros y empleados le miraban con respeto... Nada satisface tanto como poder dominar con pleno conocimiento de lo que se hace, y aceptar mucha responsabilidad supone mucha fuerza, mucha previsión, suma rectitud, suma serenidad y todo esto dignifica la conciencia.

El iba á ajustar la suya á su reloj; á su reloj, si le era fiel, si no le engañaba, si no era, en vez de una perfecta máquina, una patata, en cuyo caso le arrojaría contra las piedras y le haría polvo, y miraría con profundo desprecio al tunante que se lo había vendido asegurando que era una maravilla. Aquel diminuto reloj iba á ser el corazón de la titánica locomotora; por él sería alimentada, por él aceleraría su movimiento ó le refrenaría; pero aquel corazón serviría al cerebro y al pensamiento de Juan, que era el amo, el cual sentía siempre el orgullo que le infundía la severidad de sus deberes. El se había hecho un hombre exacto, llevaba miles de criaturas, las riquezas de la sociedad, la confianza de todo el mundo en su mano, ojo alerta tras de la dorada cúpula de vapor. Cuando á un hombre se le honra con tan grande confianza *no es natural ni humano que se convierta en bestia*! Muchos son los hombres a quienes confiamos nuestras vidas, y que, aunque por ello arriesguen las suyas, más se enorgullecen con nuestra confianza, que se atemorizan ante el peligro.

Juan contemplaba su pequeño reloj en la ancha palma de su mano; Juan, aquel campesino, se sentía lleno de gozo al poseer aquella monería. La comparaba con su locomotora y le parecía menos complicada, y menos exigente, pero dotada de mayor inteligencia; así podía decirse. Era como si hubiera comparado á un pajarillo con un dramedario, aque-

CUENTO VIEJO, POR CILLA

(CON FALTA DE ORTOGRAFIA)

—¿Con que *de valde*? Pues entra, Grigorio.

—¿Qué va á ser?
—Mira: por lo pronto, sácame unas copitas del vino ese que se anuncia ahí, en la muestra.



—¡Anda! ¡Pus si es muy bueno!



—¡Pero muy bueno!



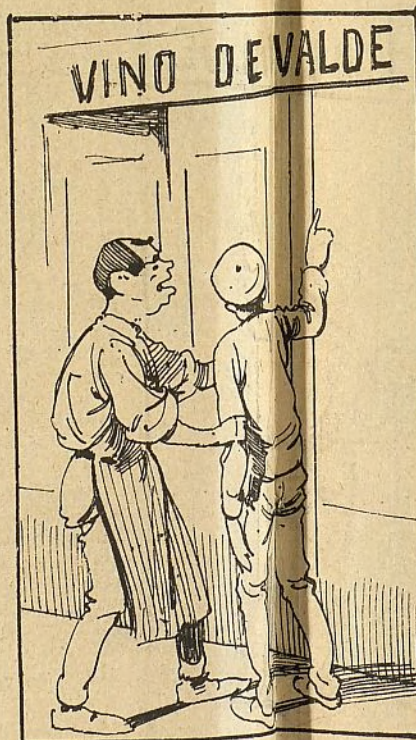
—Mira, tráete ahora una botella, que para lo que cuesta...



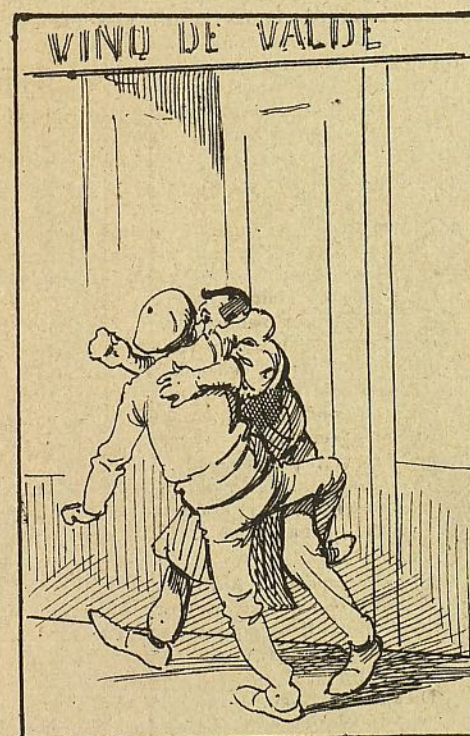
—Otra copa... y van seis.



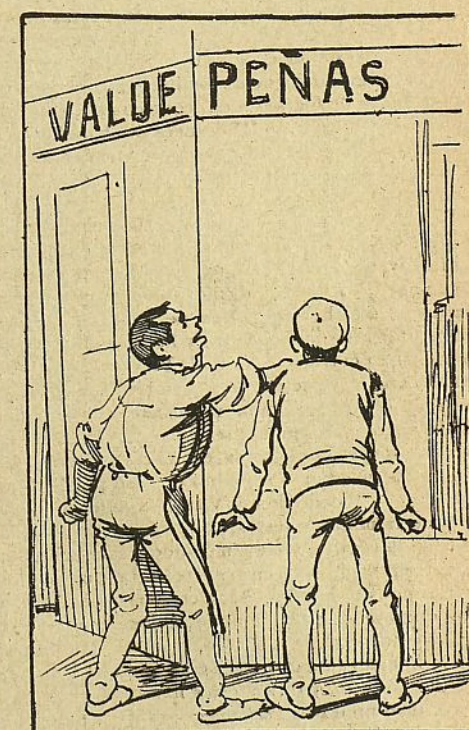
—Vaya, gracias, tabernero generoso, y has-tá otro día: que yo pienso hacerme parroquia-no tuyo.



—Oiga Vd.: ¿y el importe?
—¿Qué importe ni qué fiato muerto? ¿No dice la muestra que el vino *de valde*?



—¡Que sí lo dice!—¡Que no lo dice! Se arma una *cusión* entre el Grigorio y el taber-nero...



el cual muestra, por fin, al atónito Grigorio, que allí dice DE VALDE, pero DE VALDE... PEÑAS.

lla palpitante maquinita cruzaba incansable á través de todas las fases del tiempo, y así como no hay espacio corto para unas alas, no había tal vez tiempo imposible de medir para aquellas ruedecillas y microscópica mecánica.

II

— ¡No perder el tiempo! se dijo Juan al meter en el bolsillo su lindo reloj. Contaba aún con un cuarto de descanso; luego se dirigiría á la estación; aquella misma noche saldría para el Norte. Los hombres perezosos se duermen y embrutecen, la inacción es una muerte momentánea, lo opuesto, sin duda, pero quizá tan horrible, á verse vivo y en el fondo de un sepulcro; es sentirse muerto sin inteligencia ni sensibilidad en medio de la vida y aparentemente vivo. Juan, como era hombre del trabajo, en sus ócios soñaba, soñaba á su pesar; comenzaba pensando, pero, libre de los rigores de la exactitud y del casi mecánico ajuste á que había de obligarse en su locomotora, gozaba entonces de la expansión y de la libertad... de idear sin propósito y fantasear á gusto.

¡La niña de la estación de...! ¡Aquella bonita muchacha, hija del jefe! Justo; ya á Juan se lo habían dicho: era hija del jefe de una estación de tercera clase... ¿A qué nombrarla? Era una de las estaciones del trayecto que Juan recorría cada quince días.

Juan había contemplado á la muchacha, cuando él, siendo todavía fogonero, pasaba por allí al servicio de la marcha de un tren, y éste se detenía en dicha estación diez minutos ¡diez minutos no más! Pero claro que aquella jovencilla como una rosa, con ojos como dos estrellas, que sonreía muy divertida y que miraba desde la ventana de las habitaciones del jefe á los viajeros, á su vez asomados á las ventanillas de los coches, siendo estos para ella, sin duda, como un juguete movable lleno de monigotes, no había de fijarse en el negruzco y raído fogonero, que al salir de *** después de haberla por un instante contemplado desde el tender, volvía al hornillo y al rudo infierno de su trabajo... pensando en ella.

Paseaba Juan por la Montaña del Príncipe Pío recordando todo esto. En el bolsillo de su chaquetón había llevado el viaje anterior su carta; mal escrita, puede que no muy bien dictada; pero en ella había escrito él, no había querido servirse de ningún mana-tintas de las oficinas, y había dicho lo que se le había ocurrido: la verdad. Ya era maquinista, ganaba un buen sueldo, era hombre considerado por todo el mundo; tenía veintisiete años, ya era edad para que un hombre se casara... Pues había expuesto todas estas cosas en pocas palabras. El primer día que, como maquinista, pasó por ***, encomendó el cuidado de «la Victoria» al fogonero y de los diez minutos justos, pasó cinco sentado á la mesa de la cantina y contemplando á la muchacha; al segundo viaje llevó un juguete para uno de los hermanitos de la niña, al tercero ésta habló con Juan durante los cinco minutos; la cuarta vez ya se hubiera dicho que le esperaba, y así la quinta por regalarle una cajita de dulces comprada en Francia, la sexta por esto, y otra y otras hasta las once paradas, tuvo pretextos para ver y hablar á la joven-

cilla; la oncena vez... no se atrevió á dirigirla palabra alguna; pero le entregó la carta; y aun con esto hubo de perder tiempo, de modo que hasta el fogonero se atrevió á decir:

— Señor Nuñez, parece que vamos con retraso. ¡Es buena! Pero no se ganó Zamora en una hora.

De todo esto se iba acordando Juan. Miró de nuevo á su reloj. Ya no le quedaba tiempo sino para bajar á la estación y prepararse á emprender el duodécimo viaje, en el cual habría de obtener la respuesta de su carta. ¡Qué afán sentía y qué impaciencia!..

¿Le habría escrito ella? ¿le hablaría?

Al cabo de algunas horas el hombre se había fijado en la máquina, apoderándose del gobierno de de aquella mole movable, á la cual hizo que bufase por los grifos de desagüe lanzando chorros de agua hirviendo y de vapor. El poderoso tiro de la chimenea dió salida al negruzco humo del hornillo, recientemente cargado con nuevas paletadas de carbón. El tren que iba á arrastrar «la Victoria» era sobrado largo, lo cual hizo pensar á Nuñez que la máquina quedaría á bastante distancia de la casa de la estación cuando se detuviesen en***.

Al cabo la máquina silbó; fueron moviéndose las ruedas con lentitud; aumentó luego la marcha, produjo un formidable estrépito al pasar las plataformas, que con la cavidad de sus fosos hacían mayor resonancia y estruen lo; por último lanzó un ahullido y caminó con gran velocidad, como un enorme perro que fuera latiendo de alegría al encuentro de su amo, y así arrastró tras de sí el tren por los rails de aquella vía sin fin. No parecía sino que el corazón de Juan impulsaba á la máquina. Al amanecer, se hallaba el tren en las amarillentas llanuras de Castilla; estaban los campos llenos de apretados trigales; el tren marchó por aquella sabana, ora cubierta de lozanías, ya de ásperas desnudeces y aridez. Atrás quedaron los campos, los pueblecillos de cigüeña y campanario, los valles con sus diminutos rebaños de ovejas; surgieron á la vista las lejanas alturas, atrás quedó una ciudad de góticas torres, y luego una y otra barrera de picudas piedras, y apareció un tunel, y cambió el paisaje, y hasta el cielo ya no era diáfano y refulgente, sino que iba haciéndose nebuloso y grisáceo; era ya casi el cielo de***. Todo lo iba reconociendo gozoso Juan. Se iba aproximando al punto deseado. Las altas montañas con su rico vestido de bosquecillos y laderas de verde, menuda hierba; aquel caserío por donde daba vuelta un caminejo; aquella hondonada donde saltaba un torrente, los empinados montes acostados de peñascales, este tunel, luego la curva... ¡Precaución!... otro tunel...

¡Fuera! Ya á la vista pasaban los palos del telégrafo y enseñándole el kilómetro tantos, quince, diez y seis... ¡Una estación! La siguiente era la de***.

¡Qué contratiempo! Allí recibió la orden de esperar á un tren extraordinario que había de cruzar con el de Juan. Esto implicaba un gran retraso. El tren llegó, y al de Juan se le concedió la salida.

Al fin entró en***.

¡Dios mío, qué apresuramiento! Todo el mundo parecía agitado; en la estación de*** no contaba

Juan más que con siete minutos; no le era posible bajar de la máquina, que, en efecto, quedó á distancia de la casa de estación.

Juan miró; no había nadie á la ventana. ¡Qué suerte! Se hubiera dicho que acababa de sufrir una gran contrariedad; no había más remedio que ponerse en movimiento. Sonó la campana y el silbato del jefe...

¡Ah! ¡por fin!... Maria se asomó, y tomando de un tiesto un hermoso clavel rojo, levantó el brazo, agitó la flor en el aire, la besó despues y tornó á agitarla como una enseña.

— ¡Si se ganó Zamora! dijo Juan, poniendo en movimiento la máquina.

— Oyes, Tofete, añadió poco despues, en el colmo de su alegría; he pasado por aquí doce veces, en el espacio de un mes. Justo el tiempo; he parado cinco minutos.... Cinco por doce, sesenta: una hora.

Y loca de alegría, se hubiera dicho que marchaba la máquina via adelante.

— ¡Se ganó Zamora! él calculaba, pensaba, filosofaba. No era un cernícalo. Al fin esto es la dicha en la vida.... minutos sueltos en largo tiempo.... que á lo más á lo más, formarian reunidos una hora..... ¡para el triunfo!

JOSÉ ZAHONERO.

UNA VIDA

I.

Ignora el nombre de su madre; nada al pobre niño en su dolor consuela; al jugar con los chicos de la escuela, si en su mirada la sonrisa brilla, siempre va á tropezar á otra mirada que le escarnea y sin piedad le humilla.

En la frente del niño, como un velo, la tristeza fijó sus duras huellas; no tiene juegos que le den consuelo.... ¡Sólo es feliz cuando, mirando al cielo, manda al alma á jugar á las estrellas!

II.

Mozo ya, se ve siempre despreciado y á padecer sin tregua sentenciado su mancha involuntaria, pero impura; todos, todos se alejan de su lado; lleva en el rostro su dolor grabado, y su mirada es una noche oscura. No hay quien se fije en él que no le afrente; y, si alguna vez rie, es solamente porque tiene una risa la amargura.

Para él cantan las aves con tristeza, es veneno el aroma de las flores; donde pide amistad halla tibieza y compasión en donde pide amores.

III.

Y llega á viejo, de vivir cansado, encerrando en un alma miserable un germen de noblezas agotado con un fondo de hiel inagotable.

IV.

Ayer pasaba un chusco por su lado, mientras tenía el pensamiento fijo en el problema del azul soñado.... — ¡Y tu madre? — riéndose le dijo...

Lo escucha el pobre viejo, se levanta; con las manos le estruja la garganta....

— ¡Que le vas á matar! — alguien decia. ...

Y él, soltando su presa resignado, contestó con sarcástica ironía:

— ¡Matar á un hombre yo? ¡Pierde cuidado!...

¡A todos juntos, sí! ¡Los mataría!

RICARDO J. CATARINEU

¡POR DIOS, HOMBRE..!

A un amigo que escribe peor que yo (1).

Voy á decirte y lo siento, porque te doy un disgusto, que tus producciones, Justo, causan desgracias sin cuento.

Y aunque á mí de tu amistad en adelante me prives, diré que desde que escribes aumenta la mortandad.

Siempre al romance te inclinas y yo sé que tus romances han causado mil percances

y hasta muertes repentinas.

¡Nada, no escribas por Dios!

¡Te acuerdas de aquel soneto

que dedicaste á un sujeto?

¡Pues mató á noventa y dos!

Diste á la estampa un librito

y todos los que leyeron

aquel aborto, murieron

bien pronto de tabardillo.

Cuando una composición de tu torpe pluma brota,

á los tres días se nota...

¡Decrece la población!

Gracias á que no es fecundo

tu ingenio, que si lo fuera,

ya no habria quien viviera

¡se habria acabado el mundo!

Con tus escritos me alarmas,

pues son todos tan perversos,

que para llevar tus versos

van á exigir uso de armas.

Ayer fué preso un ladrón

(1) ¡Que ya es escribir mal!

HOJA DE ALBUM



NOVELAS DE JULIO VERNE, POR ESCALER



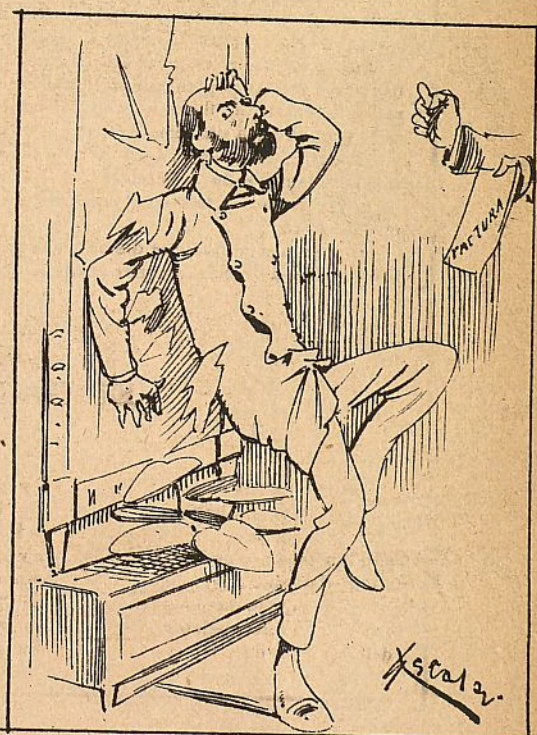
UN DRAMA EN LOS AIRES



UN CAPRICHIO DEL DOCTOR OX.



UN DESCUBRIMIENTO PRODIGIOSO



DE LA TIERRA A LA LUNA.

é irá á presidio el muy pillo,
pues llevaba en un bolsillo
frutos de tu inspiración.

Finalmente, aunque lo siento,
te diré que, mientras vivas,

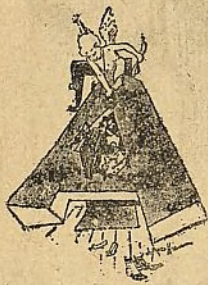
no escribas por Dios, no escribas;
aunque si van en aumento
tus manías literarias,
rico tus versos te harán,
pues te subvencionarán

las empresas *funerarias*.

Si es que antes, al ver tu modo
de escribir... que no te envidio...
¡no te llevan a presidio
atado codo con codo!

J. RODAO.

EL RELEVO DE LA TORRE



POSENTADAS sobre una zanca, con la otra encogida y oculta entre el plumaje, el pico entreabierto como si aspirasen con delicia el ambiente frío de aquella tarde de nevasca, mirando á la sierra con tesón, como si se despidieran de sus riscos, destacando sus cuerpos blancos sobre el fondo de vieja piedra del campanario, obscurecida por la humedad, inmóviles en el rafe, rígidas, tiesas, pareciendo dos adornos de la torre, contemplan un par de cigüeñas la ventisca que se arremolina en el aire, dirigida por la veleta que se lleva el turbión de uno á otro lado, obedeciendo al viento que sopla.

En el espacio, al són monótono del huracán que silba con un rumor seco, baila una danza loca el menudo é inmenso tropel de la ventisca que bota en los salientes de ladrillo de los tejados, en los cristales de las ventanas, en las hojas de las puertas; pero aquella tempestad es el postrer estremecimiento del invierno, la última convulsión de la nortada; el musgo que tapiza la tierra comienza á verdearse; las ramas de los árboles empiezan á cubrirse de hojitas nacientes; todas las plantas abren sus botoncitos de raso y se llenan de flores nuevas y á través del espeso velo de agua del temporal, se adivina la naturaleza despertando de su sueño letárgico de la mala estación, sacudiendo la modorra de los meses del hielo y volviendo á la vida al beso de juventud del mes de Abril.

De pronto el nublado se disloca, el azul del horizonte torna á descubrirse por entre las roturas de

la cerrazón, y el sol, impetuoso, decidido, espléndido, como si estuviera acabado de encender, vuelca por los desgarrones sus haces de rayos que abrillantan los troncos, pulimentan las ramas, charolan las rocas y sacan lustre al campo todo, dándole un tono de plata-viva.

Ahí están, como si aguardaran á que pasase el chubasco para venir, solitarios, sombríos, abriendo las garfas, hendiendo las brumas del horizonte con el filo de su rápido vuelo; llegan por los aires, en pelotones, dando vueltas y vueltas alrededor de las torres, rozando casi los miradores; tan pronto pasan por la ciudad y deteniéndose en los rafe de los tejados, como huyendo á las montañas, irguiéndose en lo alto de sus picos y batiendo con furia las pardas alas; son ariscos, desabridos, rapaces y suelen seguir á las golondrinas como los merodeadores á los ejércitos.

No importa, pues, que la tramontana se bata á ranchazo limpio con el sur por la supremacía del barómetro, ni que la borrasca zumbe tenaz por los barrancos, ni que el zarzacán sople por los pinares, ni que la llovediza azote las tapias con su polvo de agua. Poco á poco, el abrego va cediendo y amainando la ventisca, hasta ceder la lluvia, y quedarse del tpo despejado el cielo, tornan las mariposas á volar por el espacio; vuelven á pitorrear los pájaros en las copas; los lagartos se salen á las sendas á secarse al sol; la tierra abre sus poros distendidos por la humedad y suda un leve vaporcillo, y los caracoles ventean-do la calma, no sin adoptar antes infinitas precauciones, se asoman á la puerta de su casa á beber el aliento del verde nuevo, empapados y soleándose hasta que, por fin, arrastrándose con cuanta ligereza pueden, con su capacha á cuestras, asomando regocijados sus cuernecillos, echan á correr á decirles á las violetas que la primavera está encima y que han visto llegar á los cernícalos que vienen á relevar en la torre á las cigüeñas.

ALFONSO PEREZ NIEVA.

EL GATO DE LA ABUELA

Cuento.

Tacaña como ella sola
y avara hasta del hablar,
era una vieja Bartola
que tan solo por no dar
nunca daba pié con bola.
Fama de rica tenia
entre los pobres paletos
del lugar donde vivía,

los cuales cuentan que un día
dijo Bartola á sus nietos:
—Privándome de comer
y vistiendo con desdoro,
como habeis podido ver,
he llegado á poseer
un gato repleto de oro.
Vieja y con poca salud,

no quiero más privaciones;
fuerza es que en mi senectud
gaste los muchos doblones
que he ahorrado en mi juventud.
Gimió; y añadió afligida:
—Mucho me duele gastarlos,
porque pienso conmovida,
que pudiérais heredarlos

cuando pase á mejor vida.
Para salvar mi tesoro
solo hallo un remedio...

—¿Cuál?

le preguntaron á coro
los nietos que en el caudal
cifraron sus sueños de oro.

—El remedio es el siguiente:
al que me dé mejor trato
desinteresadamente,
prometo solemnemente
dejarle al morir mi gato.

—Véngase usted á vivir
conmigo—un nieto exclamó.
Y otro nieto replicó:

—Conmigo, se ha de venir.

—Conmigo. —Conmigo. —No.

—¡Sil! —¡Nol los nietos gritaban,
mas con tan poca cautela,
que necios probando estaban
que al disputarse á su abuela
el gato se disputaban.

—Habláis hasta por los codos,
y esto lo creo importuno—
dijo la abuela. —Hallé modos
de no vivir con ninguno.

—¿Cómo?—Viviendo con todos.
tengo un plan. —Un plan ¿Cuáles?
—Vivir un mes con Gaspar,
con Casimiro otro mes,
otro con Juan...

—¿Y después?

—Pues después vuelvo á empezar.

—Creo el plan muy acertado.

—Soy de la misma opinión
si es por todos aceptado.

—¿Le dais vuestra aprobación?

—Sí.—Sí.—Aprobado.—Aprobado.

El pacto con su parienta
cumplieron todos cual ley,
porque les tenia cuenta,
y fué la anciana avarienta
tratada á cuerpo de rey.
Mas ésta por aumentar
de sus nietos la codicia,
solía el gato sacar
y el metálico sonar
con maléfica delicia.

Los nietos cuando escuchaban
el sonido siempre grato
del dinero, se alegraban,
y entre dientes murmuraban:

«¡Muy repleto tiene el gato!»

Y sin ver jamás el brillo
del oro fascinador,
oían el estribillo:
«El que me trate mejor
heredará mi bolsillo.»

La hora nostrera llegó
de Bartola; junto al lecho
á sus nietos reunió,
y palpitándole el pecho
de este modo les habló:

—«Vino el término fatal,
y veo por los favores
que me prestó cada cual
que todos sois acreedores
á heredar mi capital.

Como le he ofrecido entero,
el gato en casa he ocultado;
el que lo encuentre primero
después que yo haya finado,
ese será el heredero.

¡Cúmplase mi voluntad!»
Así dijo hablando en plata
la abuela; con brevedad
estiró luego la pata
y voló á la eternidad.

Sus pobres nietos buscaron
la codiciada riqueza;
las paredes derribaron
de la casa, y no dejaron
un titere con cabeza.

—¡No hay tal gato!—uno decia.
—¡Por fuerza lo hemos de ha-

(llar!...

Otro crédulo añadía:

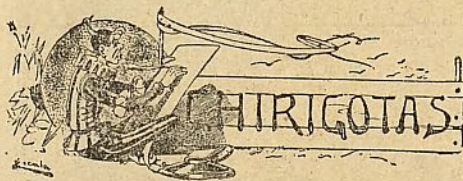
—Nada, á buscar...

—A buscar...

¡y el gato no aparecía!

Después de tanto trajín
que casi les sorbe el seso,
hallaron el gato al fin;
¡pero fué un hallazgo ruin
porque era de carne y hueso!

J. F. SANMARTIN Y AGUIRRE.



No aludían á nuestro amigo y colaborador D. Luis
de Val las iniciales «L. de V.» que figuraban en la
Correspondencia del número pasado.

Así lo hacemos constar gustosos á ruego del in-
teresado.

✱

Único encargado de la venta de LA SEMANA CÓ-
MICA en Barcelona: D. Juan Tasso, Kiosco de la
Rambla de las Flores, frente á la calle del Hospital.

✱

—¿Puedo ver al señor ministro?
—No dá audiencia. Se lo he dicho á V. lo me-
nos treinta veces en pocos días.
—Si señor, pero el caso es que hace poco hubo
votación en el Congreso.
—¿Y qué?

—Que por eso he venido; porque me han dicho
que él fué de los que votaron contra la supresión de
las AUDIENCIAS.

✱

Morena, no derrames
tanto salero,
que el verter sal es signo
de mal agüero.

CATARINEU.

✱

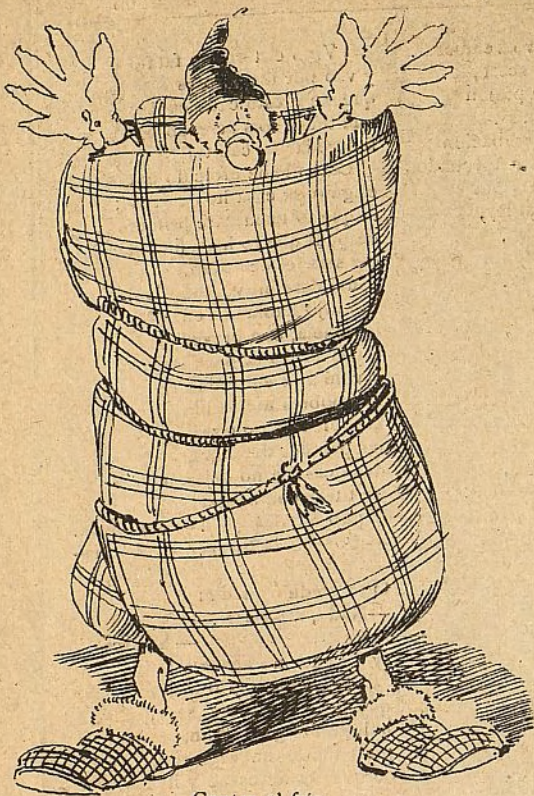
Párrafo de una carta de uno de mis redactores,
que actualmente reside en Madrid:

«Fulano (aquí un nombre) hizo un artículo, lle-
no de elojios, tan ardientes como innecesarios, de
mi poema.... Tal; mandó este artículo á... (aquí el
nombre de un semanario) y en este periódico le con-
testaron que mal podían elojiarle siendo, como
soy, redactor de LA SEMANA CÓMICA y que dema-
siado hacían con no darme un palo. Yo tengo á
mucha honra ser redactor... etc.»

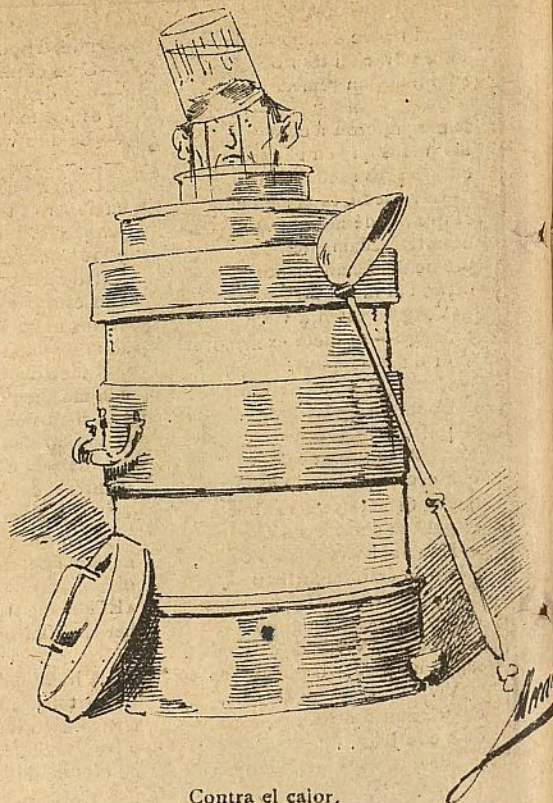
Cuyo párrafo reproduzco para poder exclamar
luego con aire sonriente:

—¡Señor, Señor, cuánta pequeñez de espíritu hay
en el mundo!
Y quedarme tan tranquilo.

Imp. Militar, Arco del Teatro, 9, pasaje.



Contra el frío.



Contra el calor.

ANUNCIOS

LA SEMANA CÓMICA

PERIÓDICO LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO.

Colaboran en él los mejores literatos y los más celebrados dibujantes

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Barcelona.	Trimestre.	1'50 ptas
Fuera..		2'50

Números atrasados doble precio

Las suscripciones empiezan en 1.º de cada mes y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

Los señores suscriptores de fuera de Barcelona pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mútuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

REDACCION Y ADMINISTRACION

Vertrallahs, 3, 1.º — Barcelona.

DESPACHO: TODOS LOS DIAS LABORABLES
DE 2 Á 4 TARDE

UNICO ENCARGADO

DE LA VENTA Y EXPENDICION DE

LA SEMANA CÓMICA

EN MADRID

D. JULIAN RODRIGUEZ

Kiosco de la Universidad.—Plaza de Santo Domingo

TRES NOCHES

POEMA EN TRES CANTOS

POR

D. RICARDO J. CATARINEU

PRECIO: 1' PESETA

Se expende en las principales librerías

NICOLAS MIRALLES

LITÓGRAFO

UNION, 17.—BARCELONA

IMPRENTA MILITAR Y COMERCIAL
DE

CAZADA E HIJO

Arco del Teatro, 9, pasaje
BARCELONA